

EL SOL DEL REVÉS

El sol del revés

Antología poética

VALENTÍN ARTEAGA

ELADIO CABAÑERO



Introducción y selección

Pedro A. González Moreno

EL SOL DEL REVÉS
Antología poética

© Valentín Arteaga
© Herederos de Eladio Cabañero

Introducción y selección:

© Pedro A. González Moreno

Cuadros de cubierta e interior:

© Ángel Pintado Sevilla
(Documentación gráfica reproducida
de los archivos cedidos por el pintor)

© DC 39 Bambalinas PC
dc39bambalinas@gmail.com

Diseño, maquetación y cuidado de la edición:

© Jaime Quevedo Soubriet

I.S.B.N.: 978-84-124975-8-8
Depósito Legal: M-15141-2024

Impreso en España

Este libro se publica con el patrocinio de:



TOMELLOSO
AYUNTAMIENTO



Excmo. Ayuntamiento de
Campo de Criptana



Tierra
de Gigantes

y la colaboración de:



PRESENTACIÓN

Me sigue pareciendo atrevido comenzar un libro con la presentación que me invitan a escribir. Es obvio que lo hacen porque soy el alcalde de Tomelloso y por ello me conminan amablemente a hacerlo. Les aseguro que mi vocación política y el ser representante del pueblo tiene estos quehaceres que reconozco que me honran, puesto que me permiten profundizar en lo íntimo de personas cultas, maestros sin duda de la palabra y de la escritura.

Y sintiéndome honrado debo decirles, sin embargo, que glosar a dos poetas de la talla de Valentín Arteaga y de Eladio Cabañero, me produce la inquietud propia del que sabe que tiene que descender a lo íntimo de su pensamiento para excavar en la profundidad de sus palabras. Rema a mi favor que la reflexión que quiero compartir con ustedes, me voy a permitir hacerla, con permiso de Valentín Arteaga, como si ambos, o mejor dicho los tres, hubiéramos nacido en Tomelloso, pues es nuestra patria chica uno de los elementos comunes.

La extraordinaria memoria de Valentín Arteaga nos remite al conocimiento y al recuerdo de Eladio Cabañero:

“Conocí por vez primera a Eladio Cabañero el 30 de agosto de 1980, fecha de la celebración de la Fiesta de las Letras de Tomelloso, en la que se me concedió el Premio de Poesía que lleva su nombre por la composición *Se te vuela La Mancha lo mismo que un albatros*, y a partir de esta fiesta literaria, y de mi residencia en Tomelloso durante unos años, mi amistad con el poeta fue afirmándose, y entre otros sucesos entrañables, llegó la fecha de su enlace matrimonial el día 9 de febrero de 1997 con la escritora Eduarda Moro, cuya liturgia sacramental presidí, con mucha emoción claro, en una capilla del término de la Parroquia Virgen de la Providencia y San Cayetano de Madrid. Un día el gran escritor tuvo la delicadeza de escribirme en un volumen de la *Antología poética 1956-1991*, de Manuel Rico, Ediciones Libertarias, Madrid 1992, la dedicatoria siguiente:

Para mi queridísimo amigo y hermano el poeta Valentín Arteaga y Sánchez-Guijaldó. Con agradecimiento infinito. Para que su persona y palabra salvífica absuelva misericordiosamente estos poemas. Para que por fin salve un verso a una persona. Amén.

*Un abrazo para siempre.
Eladio Cabañero”*

Valentín Arteaga casó a Eladio Cabañero, le administró el sacramento de la extrema unción y fue

también el que después de besar un puñado de tierra, lo despidió con lágrimas en los ojos. Es también de los que más ha escrito sobre la obra y la persona que fue Eladio Cabañero resaltando su enorme categoría literaria y humana.

Amigo de sus amigos. Escribe Manuel Alcántara, “fuimos amigos durante 40 años. Gustaba Eladio acentuar una rusticidad que no podía enmascarar su delicadeza de espíritu. Alternaba los júbilos, que al fin y al cabo son claros de bosque, con los ensimismamientos profundos. Me contaba cosas de su durísima infancia, cuando sarmentaban viñas y veía pasar el tren. Fuimos a mi Málaga natal y lo metimos en el Mediterráneo y con el agua en los tobillos dijo que habíamos querido ahogarlo”.

Francisco Gómez-Porro, bajo el título de *Una poética de orfandad*, afirma: “Eladio se expresa mejor por sus coterráneos albañiles, campesinos, trabajadores y paisanos, que por sus coetáneos poetas del Café Gijón. Es el poeta expósito de la poesía española, comprometido con la sociedad civil, y no con un partido o un ideario”. Todos coinciden en una cualidad de Eladio Cabañero: su bonhomía.

Decía al principio que comparto con los dos autores de esta Antología su profundo amor y admiración por Tomelloso. Y si no, adivinen quién escribe estas palabras tras unos bellísimos poemas: “Después de esta humilde y sencilla declaración de amor, doy ya comienzo, con inmensa alegría a lo que bien quisiera fuera un digno Pregón para Santa María. Antes confieso que en estos momentos me siento como si careciese de las palabras suficientes para cantar el hecho jubiloso que enorgullece y bendice a Tomelloso: tener como Patrona a la Virgen Santísima de las Viñas y poder festejarla con todo el corazón. ¡Enhorabuena, Tomelloso! ¡Enhorabuena por tener vocación de fiesta! ¡Crear es una fiesta!”. Es una declaración de amor a Tomelloso y por Tomelloso. El pregonero de la Romería 2024 nos desvela lo que ya habíamos descubierto y es que, con permiso de Campo de Criptana, Valentín Arteaga siente y piensa como tomellosero. La influencia de nuestra inmensa llanura, de nuestro sol inquebrantable y robusto, ese humor del que hace gala, sólo puede ser fruto de hombre observador que entiende la diferencia de de la tomellosería como nadie. Y ese sentimiento de arraigo, de pensamiento y de pertenencia social a nuestra ciudad se diferencia en Valentín por el prisma de fe con el que observa los cambios de esta sociedad.

Una fe con la que imprime un carácter transformador y solidario, pues sabe Arteaga que no puede callarse para adentro el torrente de palabras y estilos lingüísticos que atesora, fruto de una vasta cultura. Más bien su solidaridad se extiende para abrazar a quienes carecen de ella, compartiendo sus más íntimos sentimientos, desde el más inspirador como es el que siente hacia la Virgen María, con poemas a la Madre sublimes en su composición y de profunda vocación cristiana como lo es su propia fe. Es Valentín Arteaga un hombre bueno en toda su extensión, comprometido con los jóvenes y con su alegría que afirma que está “ancianando jubilosamente” y que el tiempo es un misterio.

Lo que yo considero un misterio es su mente clara y limpia, y lo que me esfuerzo es en pensar en Valentín Arteaga y en Eladio Cabañero, en aquellos niños de la guerra que se encontraron en el camino y gozaron de una amistad preciosa, una relación preñada de Tomelloso, llena de sabiduría que ahora podremos conocer mejor en esta obra.

Javier Navarro Muelas
Alcalde de Tomelloso

La épica de la Mancha está marcada irremediabilmente por El Quijote y sus aventuras, por paisajes tan icónicos que aparecen en la novela como los molinos de Campo de Criptana. Esta tierra tiene gigantes universales representados en dichos molinos, pero es igualmente cierto, que hay otros gigantes de esta tierra humilde que han contribuido a que la proyección cultural de La Mancha se irradie fuera de nuestras fronteras.

Es el caso de Eladio Cabañero y Valentín Arteaga, dos ilustres hidalgos de esta tierra que desde hoy quedan aún más unidos gracias a esta fantástica antología poética.

Eladio ha sido valorado por su lenguaje sencillo, cotidiano, tan claro como el horizonte manchego que divisaba desde su tierra tomellosera. Un paisaje que tantas veces envolvió su obra junto al amor, la soledad y su compromiso con nobles causas o la lucha contra las injusticias.

Compromiso con nuestra tierra compartido con el paisano Valentín Arteaga. Hijo predilecto de Campo de Criptana y de Castilla-La Mancha, descendiente del linaje más noble de criptanenses y que nos hace sentirnos orgullosos de tenerlo entre nosotros.

Valentín pone en valor la cotización de lo humilde, lo sencillo, lo cotidiano de la vida y que por los diferentes avatares de la vida nunca nos paramos a reflexionar. Él nos hace llegar a verlo, traducirnos a nuestro lenguaje lo que a veces no somos capaces de explicar y manifestar.

Sin duda, Valentín es el mejor descriptor de nuestra forma de vida, de nuestra forma de relacionarnos, un tratadista de la sociología manchega.

Para Valentín, La Mancha se nos escapará de la lógica. Él comenta de su tierra: *“La Mancha, por instinto, va totalmente habituada a envolverse en el aire de la metáfora para poder desvelar un poco, sólo un poco, su pura realidad”*.

Otra joven criptanenses Ana Iris Simón, una de nuestras promesas comenta en su libro *Feria*: *“nuestro pueblo está atravesado por tres realidades: la ausencia de relieve, el Quijote y el viento”*. Precisamente todo aquello que, como el mejor pintor, Valentín es capaz de retratarnos con todos los matices.

Los colores de una llanura que divisamos desde el ventoso Cerro de la Paz y que se convierte en el mejor escenario para todas las batallas habidas y por haber en tan icónico lugar.

Para los criptanenses, Valentín es un embajador del Albaicín, desde la Cruz de Santa Ana hasta los molinos, con sede en la ermita de la Virgen de la Paz, desde la cual se gobierna desde hace siglos un

pueblo retratado en cada una de las obras del hijo ilustre de Criptana. Con el convencimiento de que la cultura es el mejor elemento cohesionador de nuestra sociedad, quiero transmitir mi agradecimiento personal y el de todo un pueblo por la inmensa labor como escribano que ha realizado nuestro querido paisano Valentín Arteaga a lo largo de su dilatada vida.

Beneficio, honra y gloria del arte y la cultura en un lugar de La Mancha

Santiago Lázaro López
Alcalde de Campo de Criptana

INTRODUCCIÓN

EN EL PRINCIPIO ERA EL PUEBLO

Un 6 de diciembre de 1930 nacía en Tomelloso Eladio Cabañero y un 25 de enero, seis años más tarde, lo hacía Valentín Arteaga en Campo de Criptana: dos alumbramientos que habrían de aportar mucha gloria a la poesía manchega. Por sus fechas de nacimiento, ambos pertenecen a la llamada generación de *niños de la guerra*, una promoción a la que le fue arrebatada la infancia y se vio obligada a madurar de repente. Los dos, hijos de padres republicanos, compartieron un mismo destino de orfandad, ya que el padre del primero murió fusilado tras la guerra y el padre del segundo cayó también en la funesta batalla de Brunete.

Como a todos los de su generación, a los dos se les truncó de golpe la niñez y hubieron de incorporarse prematuramente al mundo de los adultos, aunque conservaron la bondad, la inocencia y la ternura de esos hombres que jamás olvidaron al niño que llevaban dentro. El propio Valentín Arteaga definió a su buen amigo Eladio con estas afectuosas palabras: “*Eladio era un niño grandote a quien se le olvidaban enseguida los desgarrones...*”, un niño que “*con sus manazas de albañil de pueblo que tiene voluntad y pretensión de construir el mundo, pasó junto a nosotros escogiendo palabras edificantes a ver si alguna de ellas podía al menos salvarnos*”.¹

Y uno de los temas más recurrentes del propio Arteaga es el regreso a ese niño que, como una presencia invasora, siempre está creciendo dentro de él. En el fondo y pese a su situación de orfandad, el poeta suele evocar en tono jubiloso aquellos ámbitos que fueron para él un tiempo de felicidad y de pureza, de ahí que a menudo se afane en prolongar la niñez hasta el presente, como se observa en versos tan explícitos como este:

Yo era el niño que sigo siendo hoy.

Uno y otro crecieron, pues, en un similar ambiente rural y en unas condiciones marcadas por las circunstancias de la dura posguerra. En su libro *La esperanza del barro* confesaba abiertamente Valentín Arteaga: “De chico pasé hambre, y fui a trillar y a sarmentar, y a recoger espigas después de la siega con mi madre”.

Por su parte, también sabemos que Cabañero, tras la muerte de su padre y el encarcelamiento de su

¹ En el prólogo a *Eladio Cabañero. Una mirada hecha verso*, de Esteban Rodríguez, Ediciones Soubriet, pp. 14-15.

madre, que fue condenada a tres años de prisión, tuvo que trabajar en el campo desde los nueve años; el poema “Los trenes”, con el realismo estremecedor que le caracteriza, ofrece buen testimonio de ello desde sus versos iniciales: “Aquel invierno estuve sarmentando/ la viña de mi abuelo, Eladio López”. Sabemos también que, posteriormente, a partir de los trece años, fue albañil en su pueblo, donde trabajó primero como peón y después como oficial, antes de dar el salto hacia los inciertos y soñados horizontes de Madrid. El poema “El andamio” da fe de ese duro oficio que se vio obligado a desempeñar.

Así pues, en un singular ejercicio retrospectivo, podemos imaginar a ambos muchachos con un mismo sueño y una idéntica ilusión en su mirada: el sueño de que algún día saldrían de su pueblo para conquistar, en otras tierras, un futuro mejor. Podemos imaginar al niño Eladio sarmentando en la viña de su abuelo mientras, a lo lejos, por Río Záncara, veía cruzar los trenes *hacia otro mundo de esperanza*. Y también podemos imaginar al niño Valentín subiendo, entre relámpagos de luz y cal, al Cerro de la Paz para contemplar, desde aquellas alturas molineras, no sólo los paisajes de La Mancha, sino también los confines de un mundo mejor, más justo y más solidario.

Pero mucho antes de que esos sueños llegaran a cumplirse, los dos poetas se acostumbraron a vivir con el peso de la orfandad y con la conciencia amputada por el sentimiento de pérdida: dos rasgos generacionales que reflejó ejemplarmente Eladio Cabañero en “Antes, cuando la infancia”, uno de los más descarnados poemas de su *Recordatorio*: “La gente se hizo dura, / y a los niños dejaron de querernos. / Y nosotros, mis primos, mis amigos, / no volvimos tampoco de la guerra: / de repente crecimos, fuimos otros, / nos perdimos igual que se perdieron / de vista, hacia el Oeste, tantas cosas”.

Valentín Arteaga evocó este poema, muy oportunamente, en su oración “Todo se muda y no”, incluida en *Mientras la noche va a sus escondites*. Sin embargo, lo cierto es que semejante marca generacional, la del desgarrón o el vacío afectivo causado por la guerra, ha dejado pocas huellas significativas en la obra del poeta de Criptana. Ese lado doloroso de los recuerdos, que en el *Recordatorio* de Cabañero rezumaba desvalimiento y desamparo hasta transformarse en una auténtica crónica de su generación, en Arteaga deriva hacia una estética más idealizadora y balsámica, que le lleva a confesar, por ejemplo, que “en las raíces de la memoria no hay nunca orfandad”.

En virtud de ese enfoque más idealizador, Arteaga tiende a evocar un tiempo feliz, centrado en el escenario idílico de sus orígenes y a menudo simbolizado en la figura piadosa de la madre, concebida como un asidero de salvación. La madre, figura esencial y recurrente a lo largo de su obra, actúa siempre como una presencia protectora, árnica que cicatriza todas las heridas: el poema “Todo está consumado. Todo está consumido”, donde se entrelaza la figura de la madre con la de la virgen, aparece como un buen ejemplo de ello. Al mismo tiempo, el poeta de Criptana se sitúa en una línea rehumanizadora y compasiva, que renuncia a lo autobiográfico para orientarse hacia una misión redentora, una misión que, en su caso, es al mismo tiempo profesional y poética.

Aquellos dos niños de la guerra crecieron de repente en Criptana o en Tomelloso, pueblos que llevarían siempre grabados a sol y fuego en su obra y en su alma. “En el principio está el pueblo, o el hontanar de la memoria –escribió Valentín Arteaga en uno de sus artículos–. Sobrevivimos recordando cada quien su lugar de origen”.² Crecieron de repente, sí, pero siempre bajo la protección de unas madres tenaces y esforzadas que, con ilusión y mucho sacrificio, consiguieron sacarlos adelante.

² “En el principio era el pueblo”, incluido en *Lugar al sol*, Ediciones Soubriet, 2014, pág. 57.

La huella que las madres dejaron en sus versos fue muy desigual en ambos casos. Eladio Cabañero apenas recreó ese motivo alguna vez, y cuando lo hizo (en el poema “Madre esperando hijo”, de *Una señal de amor*) no fue para evocar a su propia madre, sino para homenajear a una amiga embarazada que sueña con alzar en brazos a su hijo; un poema donde, curiosamente, también se produce una fugaz identificación de la futura madre con la virgen:

*Alzas ya más su mano que la tuya;
en el aire y el gesto,
de pronto te pareces a la Virgen
parando las palomas de la gracia.*

Ni el encarcelamiento de su propia madre ni su temprana muerte unos años después, dejaron rastro alguno en la obra de Eladio Cabañero, aunque tampoco en su carácter dejaron ningún rastro visible de amargura o de rencor. O quizás su socarronería, su humor chispeante, eran la manera que él tenía de encubrir las carencias de ese afecto que nunca le dieron sobrado.

Por el contrario, en Valentín Arteaga las madres constituyen una fijación temática a lo largo de toda su obra. Como ejemplo baste recordar, entre muchos otros, el emotivo “Poema a mi madre” en *De par en par*, la primera parte de *Oficio en mi menor*, titulada “Memoria de las madres”, o bien su libro *Mujer junto al poniente*, un viaje por la memoria cuyo objetivo es el reencuentro con su propia infancia, presidida siempre por el cálido recuerdo de la madre:

*Un niño lleva siempre los ojos de su madre
por la orilla infinita del corazón.*

Representación personal y simbólica de la piedad universal, las madres aparecen en sus poemas como patria de la memoria y la ternura, dulce refugio frente a las asechanzas de la intemperie: “Madre, madre, en tu nombre me cobijo del frío”, dice en uno de los poemas de *Mujer junto al poniente*. Ellas son el personaje que mejor encarna la actitud rehumanizadora y compasiva del poeta criptanense, que a menudo se queja de la falta de piedad en el mundo.

También en alguno de sus artículos reivindica lo femenino como un modelo de sociedad futura, caracterizada por la “civilización del amor”. Frente a las actitudes patriarcales que han originado “un mundo difícilmente habitable, violento y competitivo, cada vez más lejos del plan que se propuso Dios al crearlo”, el poeta se pregunta si ‘la nueva civilización del amor’ “¿no será, principalmente, patrimonio y tarea de las madres?”.³ Finalmente, la figura de la madre en su poesía ofrece una obvia dimensión religiosa, referida a “María, Madre de Dios y el Mundo”, a la que canta encendidas plegarias a lo largo de toda su obra, y de manera monográfica en su libro *Siete salmos en vilo para arrodillar los colores*, su poemario de más arrebatadora devoción mariana.

³ “Hacia una civilización del amor”, en *El viento y las alas*, Tomelloso, Ediciones Soubriet, 1996, pág. 108.

LA LUCHA POR LA VIDA

Valga el barojiano título de este epígrafe para introducirnos en los avatares que los dos poetas atravesaron hasta cumplir su sueño de abandonar La Mancha, en un intento de mejorar su suerte. Fueron diferentes los caminos que siguieron cada uno para cumplir ese sueño. Eladio reconoció en algún momento que apenas pudo ir más de una semana a la escuela, y él mismo confesó: “tuve la fortuna espontánea y libre de tener por único maestro a todo el pueblo de Tomelloso, allá en mi infancia y primera juventud”. No obstante, es bastante probable que su aprendizaje básico lo recibiera de su propio padre, Félix Cabañero Jareño, que fue maestro nacional y fundó una escuela en la tomellosera calle Cervantes. Las horas libres que le permitían el campo y la albañilería las dedicó a adquirir una sólida formación autodidacta, algo que consiguió, afanosamente, en la biblioteca municipal de Tomelloso, donde Francisco García Pavón ejercía de bibliotecario.

En cuanto a Arteaga, tuvo la suerte de orientar su vida hacia los estudios y ya a los once años, descubierta su vocación religiosa, marchó a Ciudad Real para estudiar en el Seminario Diocesano, donde permaneció durante seis cursos, incluso llegó a cursar estudios de Magisterio. Con estilo espontáneo y extraordinaria capacidad de síntesis, relató tales circunstancias de su vida en las solapas de su primer libro, *La esperanza del barro y otros poemas*:

“Estudié bachillerato en Ciudad Real, me enamoré una temporada, trabajé en un laboratorio y luego, ¡zas!, un día cualquiera, tal como suele ocurrir, se me cuajó alma adentro la vocación sacerdotal. Y así voy por la vida, poetizando y cristianando a mi alrededor”.

La adolescencia y la juventud, por tanto, llevaron a cada uno de ellos a peripecias vitales radicalmente distintas. El tomellosero echó raíces en Madrid, donde trabajó durante doce años en el Servicio de Lectura de la Biblioteca Nacional, y allí se hizo de nuevo realidad su pasión por los libros, pues pudo completar su formación autodidacta. Más tarde trabajó en la editorial Taurus, que dirigía Francisco García Pavón, y después fue redactor jefe de las revistas *La Estafeta Literaria* y *Nueva Estafeta*. Durante muchos años fue un habitual de las tertulias literarias del Café Gijón, y también asistió a las de *Ágora*, reuniones que Concha Lagos mantenía en su estudio fotográfico de Gran Vía, 34. Como dijo de él un buen amigo suyo, Manuel Ríos Ruiz, fue “un hombre libre que se había forjado a sí mismo, gastando en ello la vida misma, hasta adquirir una vasta cultura literaria y un sentido crítico verdaderamente asombroso”.⁴

El poeta de Campo de Criptana, llevado por su vocación religiosa y por el posterior ejercicio del sacerdocio, inició un largo periplo por varias ciudades en las que iría fraguándose su vocación literaria: Navarra, Roma, Mallorca, Mahón, Torrejón de Ardoz..., hasta regresar en 1980, hijo pródigo, a Tomelloso y Ciudad Real. Posteriormente, regresaría de nuevo a Madrid y a Roma, al ser nombrado Preósito General de la Orden Teatina. Tras varias legislaturas, volvió a instalarse en Madrid y en 2024 se trasladó definitivamente al monasterio navarro de Iranzu.

Repasando el largo historial de sus premios literarios, se puede trazar también, curiosamente, un

⁴ “La poesía de Eladio Cabañero, un rostro emocionante”, en *Tres conferencias sobre Eladio Cabañero*, Madrid, Nostrum, 2009, pág. 37.



amplio itinerario por diversas ciudades de la geografía española, como si el poeta, valiéndose de la literatura como pretexto, hubiese diseñado su obra como un peregrinaje. El Ciudad de Palma, el Bahía de Algeciras, el Jorge Manrique de la Casa de Palencia en Madrid, el Ciudad de Cuenca, el Juan Alcaide de Valdepeñas, el Ciudad de Linares, el Olivo de Jaén, el premio de la Real Academia de las Buenas Letras de Sevilla, el Blas de Otero de Majadahonda, el Gerardo Diego de Pozuelo de Alarcón... son algunos de los numerosos galardones que jalonan su trayectoria poética.

El propio Valentín Arteaga ha reconocido alguna vez su nomadismo, su condición de romero sin patria, su incansable peregrinaje vital, que le ha traído y llevado de acá para allá en cumplimiento de su destino o de su misión pastoral. En *La esperanza del barro y otros poemas* ya realizaba una jugosa confesión relacionada con su infatigable espíritu viajero: “He vivido –trotamundos que uno es– en Madrid, Barcelona, Mahón (no en el “penal”, que conste), y a Menorca voy con frecuencia...”. En el poema titulado “Balada del camino” aseguraba: “Tengo una inefable vocación de camino”; y en otro poema de la antología *Mientras la noche va a sus escondites* insistía en ello: “andar es lo que importa”. Su libro *Resplandor para un éxtasis* fue escrito, según confiesa, “a propósito y con motivo de una peregrinación alucinante a Monte Sant’Elmo”. Incluso algunas de sus reflexiones sobre poética parecen orientarse también en esa dirección, por ejemplo cuando expresa su idea de la escritura poética como “báculo de peregrinación” o “bastón de camino”, necesario apoyo del peregrino que deambula de unos a otros lugares, sintiendo a veces una cierta sensación de intemperie:

“Todo es contingente. Sólo queda la palabra. Bastón de camino es, y, como quiera que decidimos un día no tener patria fija, ahí estamos, aún, bajo la lluvia, sin apenas un quicio de ternura donde guarecernos”.⁵

El nómada incansable que Valentín lleva dentro le empuja a moverse, a ir y venir de un lado para otro, buscando siempre nuevos territorios, nuevas ciudades, nuevos libros, nuevos caminos que con frecuencia se bifurcan o, como en un viaje circular, concluyen en el punto de partida. Y semejante viaje parece sugerir que, en realidad, el único sentido del camino es el propio camino. Ese continuo ir y venir de unos a otros lugares es, además, un rasgo que el poeta ha atribuido a la gente de nuestra tierra: “los manchegos en general tenemos vocación de caminantes, trotamundos, correlindes, arrieros, Caballeros de la Orden y también de peregrinos”.⁶

Pero su nomadismo, simbólicamente, puede entenderse también como un peregrinaje espiritual o como un itinerario de carácter ascético que conduce hacia la luz de la plenitud divina. Muy claramente se expresa esa metáfora contemplativa en *Tránsito*, una obra de indagación mística que sintomáticamente se abre con la palabra “camino”, y que refleja esa tendencia, tan propia del poeta, a la peregrinación interior, al itinerario espiritual. Un libro donde, según reza la contracubierta, se concibe al hombre “en cuanto nómada de sí mismo y de Dios”. De alguna manera, *Mujer contra el poniente* relata también una

⁵ *Mientras la noche va a sus escondites*, Ed. Soubriet, 2017, pág. 15.

⁶ En el pregón leído con motivo de la romería de la Virgen de la Viñas de Tomelloso, el 26 de abril de 2024.

peregrinación interior, una búsqueda de la madre a través de la memoria, un viaje a lo largo del cual se produce la identificación de la madre con la divinidad:

*Ah mi madre, mi madre. Voy hasta Dios en ti.
Dios de repente cambia por el tuyo su nombre.*

Eladio Cabañero y Valentín Arteaga, el sedentario y el nómada: dos actitudes muy distintas ante la vida. Dos formas, tal vez, de suplir las carencias que pudo haberles causado el abandono de la tierra manchega. Pero en cualquier caso, fueron siempre los libros los que orientaron su vida y actuaron como tablas de salvación para los dos. Los libros de una biblioteca, donde uno se encontró con la literatura, o los libros de un seminario, donde el otro se encontraría, además, con su vocación religiosa. De ahí que la poesía y los libros tuvieran para ambos una clara función iluminante y redentora.

Aquellos eladianos *mundos de esperanza*, con los que ambos soñaban, llegaron a hacerse realidad. Y tanto aquel niño que en Criptana trillaba y recogía espigas con su madre, como aquel otro que en Tomelloso sarmentaba en la viña de su abuelo, hubieron de abandonar su tierra para que la tierra siguiera creciendo en su interior, al mismo ritmo que también crecían ellos como hombres y como poetas. Abandonaron sus pueblos para conocer el mundo y para conocerse a sí mismos, pero jamás los olvidaron. Al contrario, sus obras son, en gran medida, una declaración de amor a sus raíces, a su tierra y a sus gentes. Desde Juan Alcaide, las suyas son dos de las más apasionadas confesiones de lealtad y de amor a La Mancha.

Quizás por ello, en justa reciprocidad, sus respectivos pueblos quisieron homenajearlos con reconocimientos y distinciones: en 1991 el ayuntamiento decidió otorgar el nombre de Eladio Cabañero a uno de los institutos de Tomelloso; también lo nombró hijo predilecto en 1992 y le concedió, pocos meses antes de su muerte, la Medalla de Oro de la ciudad. Por su parte, Valentín Arteaga fue también nombrado en 2003 hijo predilecto de Campo de Criptana, en 2015 lo fue de Castilla-La Mancha, y no tardará mucho en ser nombrado, a buen seguro, hijo adoptivo de Tomelloso.

DOS POÉTICAS

En sus escasos escritos teóricos sobre poesía, Eladio Cabañero dejó bastante claro el objeto de su lírica, siempre encaminada a realzar los valores humanos. Él prefería utilizar en su versos una emoción más y un adjetivo menos, y por eso, refiriéndose a la poesía de su tiempo, afirmó con muy fina agudeza crítica: “hay demasiados elementos de escuela en la poesía de hoy”. Para él la poesía, lejos de todo frío academicismo y también alejada de esteticismos hueros y pomposos, ha de entenderse como “cosa cordial”, es decir, como una realidad cálida y viva, donde las palabras deberían poseer una cualidad similar a la del roce o el abrazo. Sólo desde semejantes planteamientos, que conciben el poema como una realidad casi orgánica, puede entenderse un verso tan rotundamente expresivo como el siguiente:

Carne de nuestra carne es el poema.

Poesía útil, además de buena y necesaria para él, pues según reconoció, “a mí me sirve para vivir más y para ser mejor de lo que soy”. Se trata, por tanto, de una lírica con cierta capacidad redentora, aunque la palabra poética, en su caso, no debe entenderse como una herramienta de lucha para la salvación colectiva, como preconizaban los más combativos poetas sociales, sino que más bien ha de concebirse como un modo de salvación personal, de ahí el sentido de uno de sus más emblemáticos versos:

Ojalá salve un verso a una persona.

Tan sólo un poema publicó Cabañero con ciertas intenciones metapoéticas, el titulado precisamente “el poema”, en *Una señal de amor*. Subtitulado “Para un arte poética”, en él su autor reflexiona no sólo sobre la naturaleza del poema, sino también sobre el poeta mismo, al que considera “un beso detenido entre dos bocas (...), / héroe de verdad, apóstol pobre, / los hombres no lo escuchan”. En cuanto al poema, sus reflexiones no dejan de ser un tanto elípticas, aunque al enfrentarse a la vieja disyuntiva entre *verdad* y *belleza*, opta por una solución integradora: “Creo –por creer– en la belleza, / admito la verdad / si es suficiente para tantos pobres”.

Algunos autores, como Leopoldo de Luis, han considerado a Eladio Cabañero uno de los más claros representantes de la poesía social. En 1965, cuando ya la poesía social había entrado en declive irreversible ante la aparición de unas nuevas estéticas, se publicó la antología *Poesía social española contemporánea (1939-1968)*, preparada por Leopoldo de Luis, en la que incluirá, entre una treintena de autores, al poeta tomellosero. Una antología que, pese a lo meritorio de su esfuerzo, viene a dar testimonio de una tendencia ya para entonces superada, y cuyo foco resultaba además demasiado panorámico, tanto por el amplio periodo temporal que abarca como por la diversidad y abundancia de poetas seleccionados, desde Ángela Figuera Aymerich (1902) hasta Carlos Sahagún (1938).

En el texto introductorio que precede a sus versos, Eladio Cabañero incidía en su concepto humanitario y en la función utilitarista de la poesía, “en cuanto sirva, consuele y exalte al hombre”, y añadía que “importa ser sinceros, peligrosamente sinceros. Y como poetas, humildes”. Fiel a su idea comprometida y solidaria con el hombre, Cabañero insistirá en que:

“nuestro tiempo necesita poetas morales, no moralistas, porque lo auténticamente social en poesía está empezando, siempre está empezando. Y lo social no puede ser un ismo más, asunto de incitaciones pasajeras o acomodaticias, porque lo social es todo un estado general de conciencia, hacia adelante”.⁷

Comentando el poema “Los trenes”, Leopoldo de Luis afirma: “en esta estética realista, para mí siempre será el poema de Cabañero una hermosa muestra de poesía social. Sin panfletos, sin consignas, una poesía social que consiste solo en la verdad vivida”.⁸ La poesía social, según confesión del propio

⁷ L. de Luis, *Poesía social española contemporánea (1939-1968)*. Edición y notas de Fanny Rubio y Jorge Urrutia, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pág. 498.

⁸ *Tres conferencias sobre Eladio Cabañero*: Leopoldo de Luis, Manuel Ríos Ruiz, Joaquín Benito de Lucas, Madrid, Nostrum, 2009, pág. 23.

Cabañero, “es alta razón de eterna actualidad, de ningún modo un tema de moda”.⁹ “Lo social –triste es ver cómo se adultera su verdadero espíritu humanístico– no puede ser un ‘ismo’ más, asunto de incitaciones pasajeras o acomodaticias, porque lo social es todo un estado general de conciencia, hacia adelante”.

Sin participar estrictamente, pues, de la poesía social, el tomellosero se erige en un quijotesco paladín de la justicia y se sitúa a favor de los oprimidos, de los más necesitados. Ese es el verdadero compromiso de sus palabras; por ello, la siguiente confesión no puede ser más reveladora: “deseo ser siempre defensor acérrimo de lo estrictamente humano. La vida justa y solidaria –injusta e insolidaria–, ese es el amor que me enamora y la música de mi cantar.”

A Valentín Arteaga lo definió Domingo F. Faílde como un poeta próximo al llamado “Nuevo Mester de Clerecía, corriente marginal de difícil clasificación dentro de nuestra lírica, goliarda y festiva, heterodoxamente confesional”.¹⁰ Pero Arteaga es un poeta de múltiples y variados registros, cuya amplitud no puede embutirse en un solo marbete. Desde una actitud siempre misericordiosa, llevado por un irrenunciable altruismo y por un fuerte compromiso fraternal con los menesterosos, similar al espíritu eladiano, hay obras suyas en las que late cierto tirón testimonial, que en alguno de sus primeros libros le llevó a afirmar:

*Los poetas
nos debemos verdad. Somos el grito
en cruz de la denuncia.*

En uno de sus artículos, titulado “¿Dónde están los poetas de ahora?”, volverá a insistir, años después, en esa orientación social de la poesía:

Resultaría pavoroso una poesía amordazada o languidecida, evasivamente insensible a las perentorias necesidades éticas del hombre contemporáneo, o reclusa sólo en encontrarle sus arañazos a las palabras. La poesía, aunque no lo parezca, tiene una ineludible función social; aunque no sea, no tiene por qué serlo jamás, un sermón ni un mitin militante. Es, sobre todo, un plus estético que exige la ética.¹¹

Pero además del tirón comprometido, hay en su poesía una orientación de corte más esteticista. Refiriéndose a ella, aseguraba Rafael Alfaro que su poesía se había situado en una línea de regusto veneciano o culturalista:

Descubrimos en esta corriente una preocupación casi morbosa por la hermosura de la palabra y del verso. Valentín ha oído y ha prestado atención al canto de sirenas venecianas y ha respondido con una voz mística, casi griega, casi mágica, muy bien vestida y adornada.¹²

⁹ Esta opinión y las citas siguientes han sido extraídas de “Notas para una conducta poética”, en *Poesía reunida*, edición de F. Gómez-Porro, Ayuntamiento de Tomelloso, 2001.

¹⁰ Faílde, en el prólogo a *Inutilidad del crepúsculo*, Col. de poesía “El cardo de bronce”, 1989, pág. 10.

¹¹ *El viento y las alas*, Tomelloso, Ediciones Soubriet, 1996, pág. 99.

¹² En el prólogo a *Las barcas de la memoria*, BAM, 1984, pág. 8.

De esa impregnación esteticista dejó una notable muestra en *Y aún no había raíces*, donde el poeta, transformado en una suerte de hechicero verbal y amparándose en la capacidad sugeridora de las imágenes, se afanaba en la creación de mundos de insólita belleza, y en la elaboración de una escritura concebida como un rito, como una “ardiente ceremonia de la palabra”.¹³ En tales coordenadas estéticas vendrían a situarse también otros poemarios suyos como *Arde el sol como un templo*, *Retablo de ceniza*, *Las barcas de la memoria*, *Un rostro va en su música*, *Inutilidad del crepúsculo* o *Manual de ceremonias*, todos ellos, salvo el último, publicados en la década de los ochenta.

En el prólogo a *El mar en la patena*, Domingo F. Faílde contextualizaba con gran precisión el momento histórico-literario en que el poeta aparece, cuando en 1958 obtiene el premio “Ciudad de Palma” por su libro *La esperanza del barro*, que no será publicado hasta 1972:

Valentín Arteaga irrumpe en el parnaso español a fines de la década de los cincuenta, cuando es notorio ya un profundo cansancio en la generación del realismo social y empiezan a aparecer los primeros síntomas de reacción contra el mismo, originándose una nueva corriente que reemplaza al concepto de poesía como arma para la lucha ideológica por el de la poesía como instrumento *de y para* el conocimiento. Aquí, en esta llamada generación del sesenta, hemos de situar a nuestro poeta, cuya vocación esteticista, sin embargo, va a permitirle aterrizar sin dificultades en la oleada de los novísimos, ya en la siguiente década.

Sin embargo, más allá de este deslumbramiento esteticista, Valentín Arteaga, en la línea de Cabañero, concibe la poesía como un asidero de salvación, o como un necesario apoyo vital y existencial. Una idea que no sólo se ha filtrado en su obra lírica, sino también en algunas de sus confesiones en prosa, tal es el caso de algunos fragmentos intercalados en *La niebla transitada*, donde considera que “báculo de peregrinación” y “bastón de camino es, de veras, la palabra”.

Esas mismas ideas las repetirá y matizará años más tarde en “Unos postreros intentos de poética”, texto que precede a su antología *Mientras la noche va a sus escondites*. Ahí califica metafóricamente a las palabras como “lámparas para nuestros pasos”, atribuyendo una cualidad iluminadora a la poesía. “Las palabras son en sí mismas iluminantes”, afirma, y al ejercicio de la poesía se refiere como “una especie de profesión religiosa”. Deriva así, sobre todo en sus últimos libros, hacia una concepción chamánica de la poesía, reflejo de una actitud indagadora y reflexiva que tiende a sumergirse en las honduras abisales del misterio. Sobre esta condición iluminadora de la escritura insiste también en el texto inicial de *¡Un poquillo de luz, por el amor de Dios!*¹⁴, donde afirma que “escribir es esclarecer (...) No existe ninguna palabra verdadera que no sea consecuencia de la claridad”.

Esta permanente búsqueda de claridades fue lo que en el epílogo a su libro *Mientras la noche va a sus escondites* me llevó a escribir: “Valentín Arteaga es un rastreador de luz, un incansable buceador de claridades que aprendió el lenguaje de la pureza contemplando la cal de su infancia. De sus subidas a aquellos molinos del Cerro de la Paz le quedó su impulso ascensional, sus anhelos de búsqueda, que luego habrían de reflejarse en su poesía, en el vuelo celebrativo y asombrado de sus versos. Aquella luminosidad cegadora de las casas de Criptana se mezcló después en sus ojos con la ascética imagen de

¹³ Así titulé el capítulo dedicado a su obra en el libro *Aproximación a la poesía manchega*, BAM, 1988, pp. 79-93.

¹⁴ Recopilación de artículos publicados en *El Periódico del Común de la Mancha*, Ediciones Soubriet, 2010.

las intemperies manchegas, y así aprendió también las tres dimensiones del alma: la anchura fraternal del abrazo, la profundidad de la entrega altruista y la altura del amor solidario. Tres dimensiones espirituales por las que él ha sabido siempre transitar desde su triple condición de hombre, de sacerdote y de poeta”.

DOS VISIONES DE LA MANCHA Y DEL PAISAJE MANCHEGO

En 1956 Eladio Cabañero publicaba su primer libro, *Desde el sol y la anchura*, un encendido homenaje a La Mancha aún bajo la influencia alcaidiana. El poeta de Valdepeñas había muerto hacía tan sólo cinco años, y su recuerdo estaba todavía demasiado reciente. El propio Cabañero reconoció ciertas similitudes de su obra con la de Juan Alcaide:

Con él recojo una antorcha a punto de apagarse: la de la poesía de tema manchego. ¿Qué paralelismo existe entre Alcaide y yo? Los dos nacimos en la llanura manchega, los dos hemos escrito –cada uno en su tiempo y modo– muchos poemas de mucho amor a La Mancha, y hoy por hoy, tenemos demostrada una pareja lealtad a nuestra tierra y a una conducta poética: Antonio Machado. En todo eso coincidimos, que ya es bastante.

Sin embargo, pese a tales convergencias, concluye: “la verdad es que Alcaide y yo somos muy distintos en el total y en el parcial manchego de nuestra poesía”.¹⁵

Aquel joven de 26 años que venía de ser autodidacta, de procedencia rural y albañil de profesión, parecía necesitar una autoafirmación *en y por* la palabra; quizás por eso su primera obra era como un rito iniciático para él; de ahí el clasicismo formal en el que se sitúa y los timbres retóricos que aún tienden a enmascarar la autenticidad de su voz. Es este un libro sobre el paisaje y las gentes manchegas, donde el autor muestra su profunda fidelidad a los orígenes, tema al que regresaría también en su cuarto y último poemario, *Marisa sabia y otros poemas*, que Manuel Ríos Ruiz definió como “un poemario brillante, encendido, traspasado de júbilo en su primera parte y denso y memorial en la segunda, donde Eladio Cabañero vuelve a cantar a La Mancha, su tierra, a Tomelloso, a sus hombres, épica y cálidamente”.¹⁶

Aunque la visión eladiana del paisaje proviene de Alcaide, sin embargo es más objetiva, de manera que no suele utilizar el paisaje para expresar sus vivencias personales o desvelar su intimidad; por el contrario, relega al sujeto lírico a la condición de un distante observador, y concede un primer plano de absoluto protagonismo a la tierra. A través del lenguaje y el uso sistemático de la metáfora, lo que el poeta pretende es dignificar estéticamente a La Mancha, por ello la metáfora adquiere en este primer libro una funcionalidad idealizadora o redentora. El lenguaje actúa como una suerte de bálsamo expresivo, como un modo de redimir estéticamente a esa tierra, pobre y desolada, a la que él mismo, en

¹⁵ De una entrevista realizada por Nicolás del Hierro y publicada en la revista *Añil*, nº 22, 2001, pág. 24.

¹⁶ *Tres conferencias sobre Eladio Cabañero*, Madrid, Nostrum, 2009, pág. 59.

su “Soneto legítimo de la Mancha”, se refiere con adjetivos muy reveladores: *despreciada, oscurecida, afronterada, herida, abandonada...*

Así, mediante el efecto transmutador de las imágenes, el paisaje se estiliza y redime, de manera que una humilde cardencha puede convertirse en “un mástil con el rastrojo por velero”, o al contemplar la luz del sol en la viña podrá verse “un tesoro / real de perlas blancas y de oro / en esta milagrosa orfebrería”. De igual modo, al enfrentarse a la lacra de la sequía, Cabañero despliega una serie de imágenes marítimas que, en virtud de una mecánica compensatoria, sólo pretenden transformar la llanura en un “mar de luz” improvisado...

En otras ocasiones, la naturaleza se convierte en una proyección anímica, a través de la cual expresa un doble sentimiento de otoñalidad y crepuscularidad. Muchos de sus poemas están marcados por un “signo de otoño” y por un “sol marchito y sombras cenitales” que lo tiñen todo de melancolía y que aparece como trasunto del estado emocional del poeta.

Al margen de su visión literaria, que presenta un escenario muy estilizado, sorprenden las ideas teóricas que Cabañero expresa sobre la región manchega, en unos tiempos en los que todavía no se habían planteado ningún tipo de reivindicaciones identitarias ni autonómicas. Sorprende también que, mucho tiempo antes de que el concepto de la globalización comenzara a difundirse, el poeta tomellosero abominase de vallas, fronteras o chatos localismos, para postular, intuitivamente, el mito de La Mancha como una utópica *patria universal*. Reflexionando sobre este asunto, escribió:

“A mí me gusta mi tierra. La Mancha, esa región tan desconocida (...) La región manchega, como tal país, no valdrá mucho, amigos, si la aislamos –no es esa mi intención– del renombre y la fama que le dio y sigue confirmando el Quijote, fama literaria, oral, si bien se mira. La Mancha no valdrá por sí misma mucho, pero es una realidad intensa y una región distinta a cuantas constituyen España y quizá el mundo. Pero no hagamos hipérboles regionalistas: quién que mire al cielo directamente no se olvida de términos municipales, provinciales, regionales y nacionales, se desentiende de vallas, mojones y medianerías, dejándose llevar, desde el paisaje propio y la casa paterna, allá hasta el horizonte sin fronteras, bajo la pura sensación de fundirse en una sola patria universal?”¹⁷

Por su parte, Arteaga ofrece abiertamente su punto de vista en algunos emblemáticos artículos recogidos en *Lugar al sol*. En el titulado “En el principio era el pueblo” apela a la pluralidad como razón de ser de esta tierra, que ha de reconocerse en lo diverso, aunque matiza que “todo eso de las comarcas, provincias, regiones y autonomías son invenciones que ni van ni vienen, ganas de complicar la vida”. Y añade que el hecho de ser castellanos o manchegos es pura contingencia, “cosas de rótulos. Quienes mandan y ordenan gustan de cambiar de tanto en tanto los letreros...”¹⁸

No se puede expresar con mayor brevedad, sencillez y sutileza, toda una visión de la tierra en la que interesa, sobre todo, el lugar de origen contemplado en su extraordinaria diversidad; una diversidad que sólo después, por razones políticas o administrativas, es subsumida en un todo más o menos unitario,

¹⁷ *Poesía reunida*, Ayuntamiento Tomelloso, 2001, págs 401-402.

¹⁸ *Lugar al sol*, Tomelloso, Ediciones Soubriet, 2014, pág. 58.

aunque “es el pueblo, los pueblos, cada cual en su valle o cerro, lo que de verdad importa. Acto seguido, aunque despacio, viene la provincia...”¹⁹

Otra colección de artículos en donde reflexiona y divaga sobre asuntos relacionados con La Mancha y sus gentes, es la titulada *Más o menos manchegos*, *ea*, artículos de fuerte trabazón literaria y costumbrista, no exentos de cierta intención satírica, donde el autor va analizando una serie de rasgos que considera definidores de nuestra idiosincrasia regional, y en alguno de ellos sobrevuela la idea de que “el paisaje y el paisanaje manchegos son un laberinto”. Elogia la diferencia y la pluralidad, y pretende adentrarse en la aventura introspectiva “de descifrar los recovecos del alma manchega”: sus hábitos, sus virtudes, incluso algunos pecados como la resignación de las gentes o la sumisión de la mujer al hombre... No obstante, dada la naturaleza más literaria que argumentativa de los textos, al final todo queda como velado por una cierta indefinición, que es la que ya aparece anunciada en el llamativo título del libro.

Su obra paisajística se manifestó muy tempranamente en *De par en par*, un libro de añoranzas y recuerdos escrito en Palma de Mallorca, donde el pueblo de Criptana y sus gentes adquieren un total protagonismo, un pueblo cantado con la misma emotividad y pasión que puso Eladio Cabañero cuando cantó a su Tomelloso natal. Sin embargo, al contrario que el tomellosero, Arteaga sí incluyó en este libro un poema dedicado a Juan Alcaide, “poeta de la anchura y el sol (...), áspero enamorado de esta tierra salobre”.

Liberado de la sombra lírica del vate valdepeñero, años después evolucionó hacia una estética más personal, hacia unos planteamientos menos convencionales y una más rica expresividad, con un estilo teñido por los barnices del culturalismo y una marcada sensualidad mediterránea, de lo que ofrecen buen ejemplo *Arde el sol como un templo* y *La espalda de Adán*. El primero de ellos es, en opinión del prologuista, José López Martínez, “el poemario manchego más lumínico de Valentín Arteaga, donde con mayor efectividad lírica se produce la simbiosis de su mancheguía y su mediterraneidad, los dos afectos geofísicos más arraigados de su personalidad”.²⁰ Un libro refulgente, como su propio título sugiere, donde a veces, mediante las imágenes irracionales, La Mancha aparece, por ejemplo, descrita como “un incendio de palomas” o como una “rota orza de miel sobre las lágrimas”. Y otras veces, a través de la imagen litúrgica, se describe el paisaje a la manera de un ardiente e inmenso templo:

*Los dioses de las parvas se arrodillan.
Bizantinas pateras son las eras,
el trillo un ara en sazón...*

En estos dos poemarios deja impresa una huella dactilar que define su personalísima visión paisajística. Una visión a través de la cual una “Mancha áspera y dulce” al mismo tiempo, y muy estilizada, adquiere rasgos que la desrealizan y la convierten en un entorno de carácter más bien onírico. A ello contribuye la plasticidad de las imágenes, con el uso torrencial de las metáforas, enumeraciones caóticas, sinestesias y asociaciones insólitas que alejan la expresión de los estrechos márgenes

¹⁹ Ibidem, pág. 59.

²⁰ *Arde el sol como un templo*, Editorial Certamen, 1980, pág. 10.

realistas por los que se había movido hasta entonces la literatura paisajística. Como consecuencia, lo que en sus modelos era una tierra pobre, adusta y martirizada por la sequía, se presenta en él como un hermoso paraíso de “belleza irreal o ascua”, como un purgatorio pleno de luz, de llamas y resplandores de incendio, o tal vez como un “infierno bello y caudaloso / de hermosura estival...”

Mediante todo ese artesonado verbal, de raíz veneciana, que maneja el poeta, se crea una imagen casi alucinatoria de la tierra, imagen que también se debe a que algunas veces la perspectiva de contemplación que se adopta es la mirada asombrada del niño, óptica infantil desde la que el poeta se ha situado a menudo en su escritura. Se opera así no sólo una dignificación, sino también una original reinención del paisaje, creado y recreado a imagen y semejanza de los cánones estéticos del poeta. En la “Explicación necesaria” que precede a *La espalda de Adán*, puede apreciarse esa técnica estilizadora que se lleva a cabo mediante una larga enumeración de luminosas metáforas: “La Mancha, esta llanura infinita que aturde y que encela, patria inevitable, cortezón del pensamiento, espejismo casi siempre del edén, lágrima pedernal, vino de esperanza o exorcizar los exilios interiores...”

A ello contribuye también el irracionalismo poético a través del cual el poeta lo contempla todo como a través de un prisma que al mismo tiempo distorsiona y embellece. Asimismo contribuye a ello la diversidad de motivos que se ramifican y se van engarzando con el tema central. Refiriéndose a *La espalda de Adán*, escribe Luis García Pérez: “Ternura, búsqueda anhelante de la belleza y la inocencia, nostalgia, desazón interior, rescate de la conciencia de la luz, esperanza..., he aquí los parámetros en los que se mueve constantemente este su último poemario de tema manchego”.²¹

El paisaje a veces también se interioriza y puede convertirse en un signo de lo trascendente, en un reflejo de la búsqueda espiritual, en un territorio por donde el poeta, romero al fin y al cabo, metafóricamente descalzo y vestido con harapos, camina hacia un destino que es la búsqueda impenitente de Dios, como se comprueba, por ejemplo, en el poema “Paisaje adentro”, recogido en la antología *Mientras la noche va a sus escondites*.

ALGUNAS AFINIDADES

En la obra de ambos autores hay ciertas afinidades que provienen de una idéntica actitud ética y vital. Cabañero parte de una consideración de la poesía como una forma de redención personal:

Yo creo que la poesía, sin ser al parecer imprescindible para algunas personas, es buena y, por tanto, necesaria. La poesía es cosa cordial. A mí me sirve para vivir más y para ser mejor de lo que soy...

Y el último endecasílabo de su “Soneto para releer *Cantos de vida y esperanza*”, insistía elocuentemente en esa función salvadora del verso. Similar opinión esgrimía Valentín Arteaga en sus

²¹ L. García Pérez, *Celebración de la claridad*, Tomelloso, Ediciones Soubriet, 1999, pág. 108.

reflexiones poéticas de *La niebla transitada*, donde concluía que el hombre es un huérfano que sólo puede ser redimido por la poesía, y que “no hay salvación, lector, fuera de la palabra”.

Ambos comparten también un rasgo que podríamos denominar la impregnación afectiva de sus versos, es decir, una tensión emotiva, una calidez como de mano tendida, que consigue calar en la sensibilidad del lector. En el caso de Eladio Cabañero, ya dejé escrito en otro momento que prefería poner un adjetivo menos y una emoción más. La voz humana, conmovedoramente humana de Eladio Cabañero, tal vez nos deja en el paladar unos posos dulciamargos de desconsuelo, pero nos deja también un temblor de pureza, una vibración de autenticidad, un calambre de ternura o un latigazo de melancolía. Y ello es así porque su poesía está imantada siempre de una poderosa carga emotiva. Su decir austero puede privarla, en ocasiones, de luminosidad y brillo, pero por debajo de la corteza verbal circula un cauce vivo y anchuroso de savia emocionada, un cauce interior que nos conmueve porque en sus aguas palpita la desnudez del corazón.

En cuanto a Valentín Arteaga, su voz destaca también por una fuerte modulación afectiva, que en su caso se refuerza, además, con la variedad y riqueza de la entonación, con frecuencia interrogativa o exclamativa. Tamizada por los continuos cambios de entonación, su poesía adquiere un característico timbre afectivo con el que consigue transmitir siempre un intenso temblor emocional. Esa afectividad se ve también reforzada por algunos otros rasgos propios de su estilo, como son el uso frecuente de los subjuntivos, los diminutivos, las invocaciones y los apóstrofes. Todo ello contribuye a teñir su expresión de una poderosa emotividad, sin caer nunca en el patetismo.

Para Arteaga la escritura es como una ceremonia en la que las palabras y los afectos son como el pan y el vino de la misma mesa. La vida y la poesía, tal como las concibe ceremonialmente el poeta, son como dos planos de una misma realidad cuyo único sentido es compartirla solidariamente: “La hogaza es grande / y el mar se hace más ancho al repartirlo”, sentenció en unos versos de *Cuando regresa el mar hasta mis labios*. Y en tal sentido se nos vienen a la memoria, inevitablemente, aquellos solemnes endecasílabos de Claudio Rodríguez cuando proclamaba: “Como si nunca hubiera sido mía, / dad al aire mi voz, y que en el aire / sea de todos y la sepan todos...”

No sólo hay que compartir la palabra, sino que eso ha de hacerse, además, emocionadamente, ya que a través de la emoción, sea sentimental o estética, se puede llegar más fácilmente al corazón humano. Y Valentín Arteaga, acostumbrado por su oficio a hablarle *en voz baja* al corazón del hombre, acostumbrado también a ejercer el oficio de la misericordia, tiende en su poesía a plasmar la emotividad de todas las maneras posibles. Unas veces, mediante la simple expresión de la ternura, y otras mediante el uso frecuente de los recursos ya citados, que sirven para modular afectivamente su voz.

Esta tendencia de Arteaga a derramarse emocionalmente sobre sus versos hace que la suya sea una escritura de la misericordia, o dicho de otra manera, hace que su poesía tenga una cualidad sanadora, de efectos curativos para el alma, pues es como si el poeta fuese dejando trozos de corazón en cada verso, igual que quien pone vendas para restañar las heridas. Y lo hace como un hechicero o un chamán de la tribu, convencido de que el poema debe cumplir, ceremonialmente, una misión salvadora.

Otra de las afinidades más destacables entre ambos poetas es que, desde una actitud moral y redentora, conciben la poesía como cosa buena y cordial, sustancia espiritualmente beneficiosa que, como pan, encuentra su verdadero sentido al compartirse. En el caso de Cabañero, es indudable su tirón solidario para con los más desfavorecidos, algo a lo que él mismo aludió en sus *Notas para una*

conducta poética: “Deseo ser siempre defensor acérrimo de lo estrictamente humano. La vida justa y solidaria –injusta e insolidaria–, ése es el amor que me enamora y la música de mi cantar”.²²

Valentín Arteaga, en su triple dimensión de sacerdote, de hombre y de poeta, ha querido tener siempre bien abiertas todas las puertas. Ya lo había anunciado así en uno de sus primeros poemarios, *De par en par*, y así lo proclama también en uno de sus últimos libros: “Abrid de par en par todas las puertas”. Se trata, naturalmente, de abrir hospitalariamente las puertas exteriores de las casas para compartir con el prójimo los espacios interiores, pero también –y sobre todo– se refiere a otras puertas metafóricas, las del corazón y las del alma, las de la esperanza y la solidaridad, las de la compasión y la misericordia. En definitiva, las del pan compartido en cada casa.

Poeta tocado por “el don de la pobreza”, como dice de él Federico Gallego Ripoll en el prólogo de su libro *Porque al fin ya soy pobre*, ya desde su primer poemario se observaba en Valentín Arteaga una marcada actitud solidaria para con los pobres. En el poema “La limosna”, de *Dios en voz baja*, pedía para él mismo y para otros “un cestillo de paz y de querencia / para volver de nuevo por mis pasos / e irles repartiendo a los hombres / pan y amor y alegría...” En *De par en par* cantaba apasionadamente, con voz cruda y directa, a su pueblo natal y a sus gentes, en especial a los más humildes y a los más sencillos, a todos los sometidos por el yugo del sufrimiento y el trabajo, como ponen de manifiesto, desde sus propios títulos, poemas como “Mensaje a mis hermanos los pobres”, “María de los pobres” o su “Oda a los pobres”, donde en versos de inspiración celayana, cantaba:

*Maldigo hoy la poesía que se queda
en la flor como abeja y no da nunca
miel y luz a los pobres...*

La mirada compasiva de Valentín Arteaga se proyecta no sólo sobre las personas, sino también sobre las cosas, de las que parece irradiar siempre una emanación de ternura. Por eso la suya es “una escritura de la misericordia”, como ya escribí en otro lugar.²³

Ese sentimiento misericordioso, permanente en sus versos, es un concepto sobre el cual el propio poeta ha reflexionado alguna vez. En uno de sus artículos, precisamente titulado “Misericordiosos”, afirma el poeta que el de la misericordia es un sentimiento “de índole materna”, y expresa un juicio tan rotundo como el que sigue: “No existe en el vocabulario de los hombres una palabra tan hermosa como la palabra misericordia”.²⁴ Y en otro artículo del mismo libro, citando una opinión de Joan Margarit, asegura que, en unos tiempos en que la lírica se halla “desterrada”, “la poesía es ahora la última Casa de la Misericordia”.

Con la actitud misericordiosa y con la entrega solidaria se relaciona en los dos poetas el motivo simbólico del pan, que ya había encontrado en Cabañero un singular desarrollo. Recordemos que mientras andaba aún entre andamios en Tomelloso, escribió “El pan”, un poema (fechado en marzo de

²² *Poesía última*, Francisco Ribes, Madrid, Taurus, 3ª edición, 1975, pág. 19.

²³ En el prólogo de *Hacia la puerta que nunca abrimos*, DC39 Bambalinas, 2022.

²⁴ ¡Un poquillo de luz, por el amor de Dios!, Tomelloso, Ediciones Soubriet, 2010, pág. 63.

1955) con el que ganó el premio “Juventud” y en el que daba ya señales de verdadera madurez poética:

*Poned el pan sobre la mesa,
contened el aliento y quedaos mirándolo.
Para tocar el pan hay que apurar
nuestro poco de amor y de esperanza.*

El pan es, ya desde el segundo libro de Valentín Arteaga, *De par en par*, uno de los símbolos más definidores de su poesía, muy coherente con esa tendencia del poeta a convertir el altruismo y la entrega al prójimo en una ceremonia cotidiana. Ya el título de la primera parte del citado poemario, “Poemas del pan y los pobres”, resulta bastante significativo. El pan va unido siempre a la misericordia, y así lo expresaba en otro de sus artículos: “Si nos falta misericordia ya nos puede sobrar pan. El pan sin misericordia no es pan. Es lo más parecido a una piedra”.²⁵

Se trata del pan eucarístico, el pan nuestro de cada día, el que se pide en el padrenuestro, el que generosamente se comparte. Pan necesario que no debería faltarle a nadie. Muy revelador es, en este sentido, el poema titulado “Alucinación y ceremonia del pan”, dedicado al propio Cabañero y publicado en *Misa de Navidad*, aunque con posterioridad fue también incluido en *Escrito en Tomelloso*:

*Besad despacio el pan, pongamos todos
el alma de rodillas este instante
en que se parte el pan. Huele a liturgia
comunal en la sala y nos miramos
con todo el acarreo de los ojos²⁶
labradores en vilo. Dios prohíba
el hambre si ponemos al trasluz
las vidrieras del pan...*

El pan no es en Valentín Arteaga una mera metáfora, sino un símbolo que refleja toda una visión del mundo, de ahí que también le dedicara un artículo monográfico en *Lugar al sol*, titulado “Petición y alabanza del pan”, donde además de glosar y elogiar dos poemas de Eladio Cabañero, titulados “El pan” y “La Comida”, realizaba jugosas reflexiones sobre ello, no exentas de contenido crítico:

Siempre será oportuna y bienhechora la reflexión sobre el pan, el pan de todos, el pan de cada día, el que reparten y bendicen las madres, el pan esencial, aquel que falta en tantísimas partes de la tierra y sobra con blasfema insolidaridad en la sociedad de la obsesión sobre el colesterol y otras lamentaciones. Probablemente no exista en el vocabulario humano, doméstico y universal, una palabra como la del pan que sea más rica de significación, más cobijante y fortalecedora.

²⁵ Artículo titulado “El reparto multiplicado del pan”, en *El viento y las alas*, Tomelloso, Ediciones Soubriet, 1996, pág. 130.

²⁶ Así figura en la versión de *Misa de Navidad*. La versión publicada en *Escrito en Tomelloso*, titulada abreviadamente “Ceremonia del pan”, dice: “con todo el acarreo de los *altos* / labradores en vilo...”

Hay también en los dos poetas un afán de claridad que se refleja, fundamentalmente, en el plano expresivo, un afán que Eladio Cabañero dejó escrito ya en sus *Notas para una conducta poética*, donde aseguraba que “en poesía, en todo buen hacer literario, la claridad es, más que un prurito de veracidad, un decidido afán de profundidad y sencillez. Ser sencillo, por tanto, vale lo que pueda valer el ser exacto y preciso”. Y concluía con esta afirmación tajante: “deseo ser de esos que de lo oscuro hacia lo claro aspiran”.²⁷

Por su parte, a Valentín Arteaga lo definí en su momento como un “rastreador de claridades”, y Luis García Pérez, muy acertadamente, tituló *Celebración de la claridad* el estudio y antología que publicó sobre su obra. Pero la claridad en Valentín Arteaga es un concepto que adquiere una dimensión más compleja y abarcadora. Naturalmente, afecta a la expresión verbal, pero trasciende el plano estilístico para convertirse en una realidad simbólica. El poeta de Criptana atravesó, sobre todo en la década de los ochenta, una etapa en que sacrificaba la claridad expresiva en pro de la belleza, para convertir sus versos en una “ardiente ceremonia de la palabra”. Sin embargo, a la hora de hacer una antología de su obra, como fue el caso de *Mientras la noche va a sus escondites*, el poeta la realizó no sólo con criterios temáticos sino también con un criterio estilístico, pues prefirió volver a su palabra original, fundamentada en la sencillez y austeridad expresivas. También en sus libros más recientes prefirió despojarse de retórica y brillo ornamental, quizás porque a ciertas alturas de la vida se tiende a aligerar el equipaje, a prescindir de inútiles sobrecargas verbales que en vez de decir enmascaran y, en vez de iluminar, oscurecen. En definitiva, prefirió dejar la palabra cada vez más limpia y como reducida a su inocencia original.

Dejando al margen su etapa más esteticista, la búsqueda de claridad ha sido uno de los motores de su lírica, siempre indagadora y reflexiva, siempre orientada a buscar un resplandor entre la oscuridad o el misterio. Incluso el propio oficio de escribir consiste para él en una experiencia iluminadora, como ha escrito en algunos de sus artículos, por ejemplo en los titulados “Las palabras son para iluminar” o “El oficio de escribir”:

Escribir es esclarecer. Antes de pergeñar un puñadillo de frases para ofrecérselas, delicado regalo, al posible y amado lector, hay que frecuentar los territorios de la luz. No existe ninguna palabra verdadera que no sea consecuencia de la claridad.²⁸

Dada la condición devocional y fuertemente espiritualizada de la poesía de Valentín Arteaga, podría suponerse que este rasgo constituye una de las más radicales diferencias en la obra de los dos poetas. En efecto, buena parte de la poesía arteaguiana es de orientación religiosa, en el sentido más formal del término, unas veces marcada por la devoción mariana, otras entregada a la contemplación o a la indagación mística, y en otras ocasiones afanada en seguir la “escondida senda” de un peregrinaje espiritual o metafísico muy poco frecuente entre los poetas contemporáneos. Por el contrario, la poesía eladiana parece más alejada del ámbito de la fe, ajena a todo planteamiento trascendente, más centrada en cuestiones cotidianas y prosaicas. Sin embargo, ciertos rasgos como la actitud filantrópica, la solidaridad para con el prójimo o su mensaje de amor, han llevado a algún crítico como Florencio Martínez Ruiz a postular “su vertiente de poeta cristiano, de poeta religioso”, aunque el suyo sea un cristianismo “simple, acaso un poco mutilado, pero suficiente e integral como una parábola analógica”.²⁹

²⁷ Obra citada, pág. 23.

²⁸ Ambos incluidos en la recopilación *¡Un poquillo de luz, por el amor de Dios!*, Tomelloso, Ediciones Soubriet, 2010, pág. 11.

²⁹ En el prólogo a *Poesía 1956-1970*, Barcelona, Plaza y Janés, 1970, pág. 16.



INTERCAMBIO DE AFECTOS

Aunque el azar les llevó por senderos muy diferentes, sus vidas habrían de cruzarse a menudo, y Valentín Arteaga nunca dejó de reconocer el magisterio que sobre él ejerció la figura del tomellosero, a cuya sombra y siempre bajo su “autenticidad solidaria”, creció poéticamente.

Del interés que Valentín Arteaga sintió siempre por los poetas de su tierra, ofreció testimonio en la antología que agrupaba a cuatro de los nombres más señeros de la lírica regional: Juan Alcaide, Ángel Crespo, Félix Grande y el propio Cabañero. De este último escribió en dicho libro que “es uno de nuestros escritores más rotundos, con una honradez cordialísima y profunda, con una bondad a carta cabal, hombre en el pueblo y del pueblo, del que se siente inmensamente fraterno, absolutamente solidario”.³⁰

En la primavera de 1987, en el número IX de la revista *El Cardo de Bronce* (Cuadernos Literarios del Grupo “Jaraíz”) rindieron un emotivo homenaje al poeta de Criptana, donde colaboró, entre muchos otros autores, Eladio Cabañero con un poema titulado “A Valentín Arteaga, en Tomelloso”, cuya dedicatoria, expresada en un emotivo y exaltado terceto, rezaba: “Por esa soñadora valentía / de sacerdote y de poeta en vuelo... / y por su generosa mancheguía”:

*De Campo de Criptana, altar manchego,
tesorero de trigos y moliendas,
empapado de Dios, de lluvia alzada,
de par en par sus manos de poeta,
Valentín Arteaga llegó un día
a Tomelloso a repartir belleza.*

*(En realidad llegó de todo el mundo
de vendimiar las viñas de la tierra,
de resumir los vinos de la vida
y del amor –su lucha verdadera–
que Valentín se trajo a Tomelloso
como una pura, universal cosecha).*

*Y aquí está con sus versos viadores
en su obrador, abierto a cuantos quieran
picar del gran racimo la uva hermosa,
la uva más salvífica y fraterna.
Valentín Arteaga: Dios te salve
y nos salve sentados a tu mesa.*

³⁰ 4 poetas manchegos, BAM, 1985, pág. 86.

Más tarde, allá por el año 1992, Valentín Arteaga organizó un homenaje a Cabañero en el número XVIII de la misma revista, dirigida por él. Ahí, entre muchas otras palabras de afecto, el propio Arteaga resaltó de su buen amigo y paisano dos rasgos que compartía con él: la lealtad a sus orígenes y su concepto de la poesía como un acto de servicio a los demás:

Así va y viene siempre y todavía Eladio Cabañero con la ética y la estética de sus versos por la existencia llevando modesta y gloriosamente el grandísimo pan breve de su obra entre sus manos dadivosas de hombre de Tomelloso que se resiste a olvidar. No ha renunciado nunca Eladio a sus raíces ni a los segadores, viñeros, carreros, podadores de los campos de su pueblo, fiel a su identidad, agarrado con firmeza a una convicción honda y sublime: que la poesía no debe ser sino un servicio mínimo al prójimo.

Y en ese mismo número de la revista, bajo el pseudónimo de Cayetano Iranzu que Valentín usaba habitualmente, le dedicó un poema que años más tarde incluiría en su libro *Escrito en Tomelloso* y del que citamos algunos versos:

*Dinos, Eladio, dinos quién te ha visto y te verá en tu sitio,
sarmentador de estrellas y refranes con tus manos tan anchas,
manos en las que caben las afueras y hasta los cuartillejos.
Todo el silencio cabe de los pobres cuando hasta casa vuelven,
o el sol es circular en la boina como un agua bendita
y al declinar la tarde se hace otoño detrás de tu estatura.*

*Oh Eladio Cabañero, hermano, hermano y espigador de luces.
Se ve desde el andamio el mapamundi oh tan destartado.
Acudid, albañiles, con la llana y la plomada a punto (...)*

*Palabra tras palabra, te seguimos, Eladio Cabañero (...)
como la vida va a su mejoría estrechemos el círculo
de la amistad, paisano, buena tardes. Buenas noches, amor.*

En resumidas cuentas, tan próximo estuvo siempre Valentín Arteaga no sólo a su obra, sino también a la persona de su buen amigo Eladio, que él mismo fue el encargado de proporcionarle dos sacramentos necesarios: primero el del matrimonio, que contrajo tardíamente con Eduarda Moro, y finalmente el de la extremaunción, cuando se encontraba moribundo en la clínica madrileña de La Princesa, en Diego de León.

DOS IMPULSOS DISTINTOS DE ESCRITURA

Se trata de dos formas muy diferentes de enfrentarse al hecho de la escritura o al proyecto de la propia obra. Dos impulsos distintos, dos actitudes contrapuestas. El de Tomelloso decidió dejar de escribir muy tempranamente, bien por voluntad propia, por desidia o porque las musas, un buen día, le abandonaron. Y cuando él se atribuyó a sí mismo los apelativos de “Eladiete gandul, vago o tercuzo”, estaba sin ninguna duda reprochándose, con no poca socarronería, su escasa creatividad, que cristalizó en tan sólo cuatro libros.

Por el contrario, la de Valentín Arteaga es una obra abierta, que abarca más de una treintena de títulos y se prolonga a lo largo de más de cinco décadas, desde 1972 hasta la actualidad. Valiéndonos de una metáfora cosmológica, la obra de Cabañero vendría a ser como la explosión de una supernova, intensa y fulgurante, que estalló de repente y se extinguió en plena juventud. La obra del poeta criptanense sería más bien equiparable a la de un cometa, cuerpo celeste de larga trayectoria cuyo rastro luminoso siempre reaparece.

Eladio Cabañero dejó de publicar a partir del año 1963, es decir, apenas siete años después de la aparición de su primer libro, y hasta casi treinta años más tarde no se animó a publicar una antología, la primera de su obra. Él mismo, en las jugosas palabras que preceden a la recopilación, intentó justificar su escasez bibliográfica:

Sin echar la culpa a nadie por mi carencia de obra en el mercado, a veces, y como recurso exculpatorio, pienso que se puede dejar de ser poeta un mal día. Y esto ¿cómo puede suceder? Por falta de inspiración, es decir, por no tener ganas de escribir. Y la verdad es que no es mala disculpa: he escrito tan poco estos años... La inspiración, según la entiendo yo, es como un trance más o menos continuo, no sólo ganas de escribir. Pero la inspiración, lo mismo que urgentemente acude, sigilosamente se va.³¹

En otra ocasión confesó: “De verdad, de verdad, no sé por qué no escribo ni –por lo tanto– publico libro nuevo desde 1963... Creo que lo que me pasa es que no escribo por aburrimiento. Por pobreza retórica. Por desterrar un vanidoso no sé qué que me da cierto asco. Porque me asalta la duda de que acaso todo sea inútil o, acaso, porque quiero atenerme exactamente a lo que he escrito”.³²

Y para que no quedase ninguna duda de cuáles eran sus planteamientos y su voluntad en ese sentido, aseguró en otro lugar con nuevos matices:

“Puede que no escriba porque soy demasiado exigente. Porque acaso no crea en la bendita posteridad o por creer en ella en demasía. Por aburrimiento o por pensar que escribir es estéril. Por agotamiento o impotencia retórica. No lo sé... Acaso sea todo más sencillo y piense, en el fondo de los fondos, que se puede ser poeta sin escribir”.³³

³¹ *Una señal de amor*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1992, pág. 30.

³² En *El Cardo de Bronce*, nº XVIII, Tomelloso, 1992.

³³ En una entrevista realizada por Nicolás del Hierro y publicada en la Revista *Añil*, nº 22, 2001, pág. 24.



Pese a la escasez de su obra, Cabañero fue un autor muy antologado. A mediados de los 60 era considerado por algunos críticos, entre ellos Luis López Anglada, como “una de las voces más auténticas y arrebatadoras de la poesía actual”³⁴, y a partir de la de Francisco Ribes, publicada en 1963, apareció ya en todas las antologías importantes de su tiempo, aunque cierto es que, como cumpliendo con su destino astrológico de supernova, su nombre fue poco a poco desapareciendo de los muestrarios antológicos a medida que otros cánones u otros gustos estéticos iban imponiéndose en la poesía española. “No cabe duda –asegura Rafael Morales Barba– de que el final de la poesía social y el tono discreto, humano y coloquial, sencillez y hondo, intenso pero desvinculado por muchas razones de la militancia explícita, sí jugó en su contra”.³⁵

Frente a la media docena de razones que, según su propia confesión, supuestamente hicieron a Eladio Cabañero abandonar la escritura, Valentín Arteaga nunca ha encontrado ninguna excusa o razón para dejar de escribir. Siempre le recordamos entregado a la literatura, con el mismo afán y dedicación que a sus labores sacerdotales o docentes, o bien entregado a la fundación de talleres y grupos

³⁴ López Anglada, L., *Panorama poético español*, Madrid, Editora Nacional, 1964, pág. 204.

³⁵ Lanza (3-III-2015).

literarios, como fue el caso del grupo “Síntesis” de Torrejón de Ardoz, o el grupo “Jaraíz” en Tomelloso, donde dirigió aquella joya artesanal que fue la revista *El Cardo de Bronce*.

Desbordante de actividad, le recordamos siempre a pie de verso, escribiendo un nuevo libro, un poema, un artículo, una reseña, un prólogo o incluso alguna biografía o algún estudio sobre otros poetas manchegos. Y así ha ido fraguando su obra, convencido de que la poesía es, más que un encuentro, una búsqueda perenne, un continuo ir y venir desde el misterio a la realidad y viceversa.

Fruto de semejante hiperactividad creativa, desde 1972 sus publicaciones han ido avanzando al ritmo insólito de un poemario cada año, aunque hubo años como 1975 en que publicó dos. Pero fue la de los 80, coincidiendo con su traslado a Tomelloso, la década de más intensa y febril creatividad del poeta, con años como 1984 y 1985, en los que llegó a dar siete libros a la imprenta. Tras publicar siete nuevos títulos entre 1990 y 1996, decrecerán notablemente sus publicaciones a partir de ese año, en el que fue nombrado Preósito Provincial de la Orden de los Clérigos Teatinos, cargo que desempeñó hasta 2003, cuando al ser elegido Preósito General de la misma, hubo de trasladar su residencia a Roma.

Tras su regreso a España, durante las dos últimas décadas del siglo XXI y hasta la actualidad, ya sólo ha llevado a cabo alguna publicación esporádica. Pero a toda su abundante producción lírica hay que añadir su infatigable labor como articulista, de la que ha dejado ya cuatro recopilaciones: *El viento y las alas* (1996), *Más o menos manchegos, ea* (2001), *Un poquillo de luz, por el amor de Dios* (2010) y *Lugar al sol* (2014). En definitiva, estamos ante un autor que ha vivido –y continúa viviendo– en permanente estado de escritura, quizás porque se ha aferrado a ella como a un asidero de redención personal. En su introducción a *La niebla transitada* vino a justificar, si bien de una manera algo difusa, las razones que aún le mantienen en plena actividad creativa:

No pretenda el lector saber por qué seguimos aún escribiendo. La razón no está, ahora ya, en los galardones que acaso podríamos conseguir todavía, sino en la piedad sobre todo o en esa lumbre necesaria de la que tanto carecemos. Renegar de la poesía supone quedarse sin salvoconducto para pasar la frontera.

Y pocas líneas más adelante, de un modo más concluyente, añadía: “El hombre es un huérfano lastimeramente necesitado que sólo puede ser redimido por la poesía”.

OBRA CERRADA, OBRA ABIERTA

Eladio Cabañero dejó cerrada su obra varias décadas antes de la fecha de su muerte. Por el contrario, la de Valentín Arteaga continúa siendo una obra abierta, tal vez porque lo que él busca en la poesía –como acabamos de comprobar– es una forma de redención permanente.

Si en *Desde el sol y la anchura* encontró Cabañero el acento y el estilo con que cantar a la tierra manchega, como ya hemos visto con anterioridad, en una *Señal de amor* su poesía se vuelve más austera, su voz entra en un proceso de depuración y se orienta hacia una expresión más coloquial y directa, hacia una autenticidad que es la de quien se propone cantar “hablando bajo, a solas”.

Ya se trate del motivo amoroso, en unos poemas tiernos y emotivos dedicados a una amiga lejana a quien evoca con nostalgia, o bien refiriéndose a figuras y escenas de la intimidad familiar (“La comida”, “El hijo”, “Madre esperando hijo” o “El padre de familia”), sus versos comienzan a impregnarse de un arraigado compromiso con lo humano, su palabra se torna compasiva y solidaria con los oprimidos, con las gentes humildes del campo o de la calle: jornaleros, albañiles, poceros..., personajes que vienen a añadirse a otros similares que ya habían aparecido en su libro anterior: campesinos, carreros, segadores...

Figuras de su tierra a través de las cuales el poeta nos muestra su lealtad a los que sufren: “Toda la poesía de Eladio Cabañero –asegura Valentín Arteaga– brota del amor por el hombre y le brota cálida y existencialmente, con un franciscanismo manchego habitado de sonoridades dolorosas y diáfanas”.³⁶ Y más concretamente, refiriéndose a *Una señal de amor*, asegura Antonio Hernández que “es una de las oraciones más estremecedoras de las últimas décadas”.³⁷

En *Recordatorio* el poeta decide adentrarse en la “fantasmal colmena” de sus recuerdos. Siempre con una contenida emoción y una fuerte impregnación nostálgica, su mirada se hace íntima y regresiva para evocar tiempos pasados y sombras de su infancia, en una crónica afectiva de la posguerra que el propio autor denomina “documental retrospectivo”. Este es el libro donde mejor expresa su sentimiento de orfandad, un sentimiento que ha llevado a algún crítico a hablar de la suya como “una poética de la orfandad”.³⁸

Pero la orfandad de Cabañero no es sólo la expresión de una situación personal, es también el sentimiento colectivo de toda una generación que, como consecuencia de la guerra, sufrió un expolio sentimental y vio desmoronarse el mundo a su alrededor. Una generación que comprobó cómo “la gente se hizo dura, / y a los niños dejaron de querernos”. Una generación con el presente y el futuro truncados, para la cual evocar el pasado se convierte a veces en una edénica tabla de salvación. Tal es el caso del poema “En esta habitación”, donde se compara la felicidad de un pasado rural tomellosero con un presente marcado por la soledad.

En otros casos, el pasado se presenta como un tiempo traumático, imagen de unos años segados por la hoz prematura de la desgracia, como puede advertirse en el poema “Antes, cuando la infancia”. *Recordatorio* es, en definitiva, la obra donde la voz eladiana expresa su más estremecida palpitación, su acento más serenamente dolorido, su desvalimiento y desamparo. Pero al mismo tiempo es la obra donde más abiertamente se oye un grito de protesta contra las injusticias sociales, contra los poderosos, contra los gobernantes y contra todos aquellos que impiden una sociedad más justa y más pacífica.

Recordatorio es, según palabras del propio autor, “mi libro humanamente más profundo y rico (...). En él se nota más que en ningún otro que traje a Madrid recuerdos y palabras, los recuerdos de mi niñez y las peculiares palabras oídas a las romanceras gentes populares de La Mancha”.³⁹

En *Marisa sabia y otros poemas* reaparece el motivo amoroso, pero más allá de la anécdota sentimental la mujer amada se convierte en un resorte que le lleva a ahondar en el autoconocimiento y la

³⁶ V. Arteaga, *4 poetas manchegos*, C. Real, BAM, 1985, pág. 87.

³⁷ A. Hernández, *Una promoción desheredada*, Madrid, Endymión, pág. 177.

³⁸ Francisco Gómez-Porro, en su introducción a *Poesía reunida*, Ayuntamiento de Tomelloso, 2001.

³⁹ Revista *Añil*, nº 22, pág. 25.

temporalidad, siempre desde un sentimiento de pérdida o de ausencia, y siempre desde una “soledad doloridamente hermosa”, que define a la perfección el espíritu global de su lírica. A Marisa la contemplamos otras veces recreada desde la ausencia o convertida en una figura más onírica que real; de hecho, “amar es inventar”, asegura el poeta en “Primeras vacaciones”. Y en otras ocasiones la ve más como un recuerdo, recuperado desde el presente de soledad en el que escribe. De ahí que la Marisa ausente, la imaginada o la soñada, irradie siempre una cierta lejanía, como si su recuerdo tuviera el sabor de lo perdido o de lo que nunca llegó a poseerse:

*Pensar en ti, Marisa, aquí a mis solas
es el amor más sabio y más ferviente.*

Un libro con el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y que, según Manuel Ríos Ruiz, “demuestra una vez más sus cualidades de poeta del amor, haciéndolo en esta ocasión con una intensidad emocionada, con un tono neorromántico, pero sereno...”⁴⁰

En *Marisa sabia y otros poemas* reaparece también la veta paisajística, en un manojo de emotivos sonetos y en algunos poemas de cierta vocación épica tan memorables como la “Oración por La Mancha, desde Puertollano” o “Para los fundadores de Tomelloso”. En ellos, como ya había ocurrido en su primer libro, su uso del vocabulario rural, ese lenguaje pleno de aromas y esencias campesinas, es una de las aportaciones más singulares del mundo poético de Cabañero.

Sin embargo, ello no debe considerarse un signo de ruralismo, al contrario, personaliza, vivifica y enriquece su expresión poética. Cabañero se vale del léxico rural no para realizar un cántico de localismo costumbrista, sino más bien para trascenderlo, para a través de él expresar el mundo y expresarse a sí mismo. “Estamos ante un idioma dorado por los mejores soles”, afirmó Florencio Martínez Ruiz, y añadía que, desde el punto de vista lingüístico, “no sería aventurado decir que la incorporación realizada por Eladio Cabañero no tiene par en la moderna poesía española”.⁴¹

Fue el propio Cabañero, a lo largo de la ya citada entrevista con Nicolás del Hierro, quien realizó un atinado resumen de los temas esenciales no sólo de este libro, sino de todos los suyos:

El amor y la tierra son dos constantes o líneas maestras muy polarizadas en mi poesía. Estos dos temas genéricos se alternan y entrecruzan muy asumidos ética y estéticamente; el amor a la verdad, a la justicia, a las heroicas gentes del trabajo, a la intrahistoria de las cosas sencillas y las palabras sustantivas de la tierra manchega, etc., hasta formar un todo imbricado que se resume en tierra-amor, en amor-pasión, en amor al mundo y al paisaje en estado de alma. Y todo esto puede observarse no sólo en el libro *Marisa Sabia y otros poemas*, sino en mis otros libros y poemas sueltos.⁴²

⁴⁰ *Tres conferencias sobre Eladio Cabañero*, Madrid, Nostrum, 2009, pág. 59.

⁴¹ F. Martínez Ruiz, en el prólogo a *Poesía (1956-1970)*, Barcelona, Plaza y Janés, 1970, p. 19.

⁴² *Añil*, nº 22, pág. 25.

En una obra tan amplia y fecunda como la de Valentín Arteaga, fraguada a lo largo de varias décadas, caben diversidad de estéticas y variedad de orientaciones. En consecuencia, no puede resumirse una treintena de obras en un solo párrafo, por abarcador que sea. Pese a todo, Rafael Alfaro lo intentó al afirmar que “toda la poesía de Valentín es un maravilloso manifiesto de amor (...) Expresión incontenible de una pasión amorosa, un ejercicio de amor. Amor a las cosas, amor a los hombres, amor a Dios”.⁴³ Y habría que añadir también, para que tal enumeración esté completa, amor a la tierra, porque el paisajístico es otro de los ejes vertebradores de su obra, como ya hemos comprobado en uno de los apartados anteriores.

Domingo F. Faílde considera, con acierto, que en su obra inicial “es clara y manifiesta la herencia de la generación del 50”, mientras que, a partir de 1979, concretamente a partir de *Y aún no había raíces*, se abre en sus versos una corriente más esteticista, aunque según matiza Faílde, “el esteticismo de los novísimos va a acendrar el propio, operándose, en consecuencia, un afianzamiento estético que induce al poeta a articular su lenguaje sobre el valor esencial de la palabra y la incorporación de un depurado helenismo cuya brillante imaginaria se mezcla con la extraída de la liturgia católica”.⁴⁴

Otro de los temas esenciales de su obra es el del regreso a los orígenes, aunque no se trata sólo de un motivo literario, sino también de una actitud vital. El poeta y el hombre, inseparablemente unidos en una figura centáurica, se entregan a la búsqueda de un pasado personal que es el de su infancia manchega: un ámbito que, pese a los años de la dura travesía de posguerra, él nunca recuerda con rencor sino más bien con emoción y nostalgia, porque cuando vuelve sus ojos al pasado, Valentín Arteaga lo hace con un enfoque idealizador, evocando jubilosamente aquellos ámbitos que fueron para él un idílico paraíso.

En alguno de sus últimos poemarios, como el *Cuaderno de Roma*, aunque se trata de un cuaderno de apuntes que traza un amplio recorrido por lugares emblemáticos de la ciudad eterna, su afán regresivo aún sigue manifestándose, pues la ciudad aparece como un mundo contemplado a través de los ojos limpios del niño que fue y al que invoca y evoca con frecuencia:

*Soy aún aquel niño de pueblo
que se siente aturdido en la Piazza Navona.*

Además de Criptana, la patria de su infancia, hay otros lugares que son también como peldaños sucesivos en su biografía, a los que –como buen peregrino y nómada incurable– nunca ha dejado de volver. Y en un plano más simbólico, su poesía tiende también a regresar a un pasado mítico, a un estado adánico de lo humano que se parece mucho a la nostalgia del paraíso original, aquel principio de todos los principios donde debieron existir la paz, la armonía, la inocencia primera e incontaminada, la desnudez, conceptos todos ellos que se encuentran presentes en su obra poética, al menos desde sus libros *Cuando llueve en tus ojos* o *Y aún no había raíces*. Es en este último poemario donde resumía ese impulso regresivo en un par de significativos versos:

*Su sueño es regresar. Volver la palmas
sedientas de sus manos al principio.*

⁴³ En el prólogo a *La niebla transitada*, Colección de poesía “El Cardo de Bronce”, 1991, pág. 10.

⁴⁴ En el Prólogo a *Inutilidad del crepúsculo*, pág. 9.

Sin embargo, la búsqueda de la pureza original conlleva también un cierto rechazo o una denuncia de los actuales derroteros por los que el mundo camina. Y este mundo nuestro, carente de valores en la opinión del autor, anda más bien desnortado, sumido en la confusión y en la mezquindad más absolutas: un mundo en el que la piedad, la pureza, la inocencia, la solidaridad o la esperanza se dirían desaparecidas o en trance de desaparecer.

Este rechazo de la realidad presente, añadido al tirón regresivo, lleva a Valentín Arteaga a convertir la memoria en uno de los motores de su obra, a sabiendas de que para él la memoria es un territorio siempre gratificante y balsámico, un tiempo o un espacio tan habitable como la realidad misma. Recordar es una actividad oxigenadora para el espíritu, pues viene a producir un efecto parecido al de abrir las puertas o las ventanas de una casa cerrada:

*Oh, recuerdos benditos. Nos airean el ánimo,
quitan las telarañas de los ojos...*

Pero la poesía arteaguiana, diversificada en múltiples registros, nunca estará completa si no aludimos a su venero esencial, el de orientación devocional y religiosa, un tema que ha discurrido siempre en su poesía alimentándola como si se tratara de una viva corriente de lumbres interiores. Un venero que ya se inició en *La esperanza del barro* y continuó en títulos como *Dios en voz baja*, *Cuando llueve en tus ojos*, *Siete salmos en vilo*, *Misa de Navidad*, *Tránsito*, *Oficio en mi menor...*

De semejante inclinación hacia lo espiritual y trascendente, aparece también como ejemplo representativo su antología *Mientras la noche va a sus escondites*, donde establece un proceso de interiorización que va “de los labios al alma”, es decir, desde la carne al espíritu, desde las tinieblas exteriores hasta la profundidad más íntima e iluminadora. Porque como asegura en uno de sus artículos, “todos los exteriores son muy tenebrosos, porque la luz, la luz verdadera, germina dentro del corazón”. Y ese peregrinaje hacia el interior sólo puede hacerse, como ya nos enseñaron los versos del *Cántico Espiritual*, “sin otra luz ni guía / que la que en el corazón ardía”.

En sus libros más recientes, valgan como ejemplo la antología citada o *Hacia la puerta que nunca abrimos*, Valentín Arteaga ha vuelto a la austeridad expresiva de sus inicios, renunciando a aquella fiebre esteticista que alimentó buena parte de su obra. Tras un largo proceso de depuración verbal, se ha esforzado en dejar la palabra cada vez más desnuda, más limpia y despojada de lastres expresivos, para reflejar así la autenticidad y la pureza de las emociones.

Federico Gallego Ripoll, en el prólogo a *Porque al fin ya soy pobre*, aseguraba con muy buen pulso lírico:

Son las palabras sencillas de su infancia, las dichas y escuchadas siempre con atención, las que creía dormidas en el cajón de la sábanas de mejor hilo guardadas por si acaso, las que llegan despiertas y felices a moverle la mano, a exprimirse en el verso afruitado y humilde, pleno ya de la sabiduría con que habría el poeta de regalársenos a través de tantos libros.

Y todo ello es así porque, a ciertas alturas de la literatura y de la vida, el poeta sabe que se tiende a aligerar el equipaje, se tiende a caminar tan sólo “con la intemperie auestas”. Por eso, aunando su afán



de despojamiento y su irreprimible vocación de caminante, proponía en *Mientras la noche va a sus escondites*:

*Dejad a un lado tantos bultos inútiles,
los deseos vacíos, las querencias de nada.
Andar es lo que importa.*

Eladio Cabañero, Valentín Arteaga: dos voces altas de La Mancha vendimiadora y molinera, dos voces señeras de la poesía española contemporánea, tan desorientada y a la deriva. Valentín, Eladio, dos hermanos en la palabra y en la amistad, que supieron hacer de los versos y del abrazo un lugar de encuentro. Dos hombres leales que caminaron por el mundo con una mano siempre ofrecida y convirtieron la literatura y los libros, la poesía, en el motivo central de su existencia.

Dos poetas que se hicieron grandes a fuerza de cantarles, con voz clara, a las cosas sencillas y a las gentes sencillas. Dos caras igualmente luminosas, haz y envés de un mismo sol que amaneció por estas tierras para alumbrarnos con la luz de sus versos.

Pedro A. González Moreno

